

Mírame, Eliecer, ¡mírame!

Por las tardes, la vereda sur de la calle Colón se abarrotaba de gente y los negocios de esa cuadra aumentaban sus ventas. La vereda norte era habitada solamente por Eliecer, quien apenas bajaba un poco el sol, se acurrucaba contra el muro de adobe de la Hospedería a esperar su ingreso por la que sería única comida del día. Se instalaba siempre en el mismo lugar, entrelazado con sus 4 perros; sus hermanos, les decía. No les tenía nombre individual, a los 4 los llamaba igual: Hermano.

Eliecer impregnaba con su olor varios metros a la redonda. Desde la vereda del frente a veces algún niño miraba a lo lejos esa figura grande y oscura, de grueso pelo enmarañado que apenas dejaba a la vista sus ojos.

Sus ojos.

Los ojos de Eliecer.

Su vestimenta de invierno o verano eran capas de abrigos oscuros que no se quitaría ni con los ruegos de las voluntarias ni con el enojo del encargado... Eran su única posesión.

A veces un incauto y de seguro foráneo transeúnte avanzaba por la vereda norte, hasta que el olor le sugería que más valía alejarse... y así lo hacía, rodeándolo de lejos y sin mirar, como si sólo mirarlo contaminara. "Es que soy invisible señorita", lo escucho decir con su voz alegre mientras voy entrando a mi turno de la Hospedería, y creo que fue la primera vez que vi sus ojos.

Sus ojos.

Los ojos de Eliecer.

Esa noche soñé con su mirada transparente.

"¿Cómo nunca antes reparé en su mirada?", le pregunté a una señora con quien repartía a los que ingresaban un trozo de jabón.

"¿La mirada de quién?" Me respondió sin intención de saber.

"De Eliecer"

"¿De quién?"

Mi turno era para repartir jabón y claro, Eliecer, no pasaba a buscar este elemento.

A veces Eliecer desaparecía por semanas. Las Trabajadoras Sociales lo buscaban entre las personas que vivían en la calle, en los sitios baldíos, en los campos cercanos... pero nada, como si de verdad se hubiera vuelto invisible. Cuando Eliecer se perdía, el comercio de la vereda norte se activaba, el público circulaba y entraba a la ferretería, a la joyería y al local de helados y papas fritas. Alguna vez pensé en una teoría conspirativa sobre estos comerciantes y la relación con la ausencia de Eliecer. Pero no. Cuando Eliecer regresaba, su voz tenía la alegría de siempre; no lo habían raptado ni lo habían abandonado en la cordillera.

"¿Dónde andabas Eliecer?", le preguntaba. "Menos pregunta Dió y perdona", respondía con su mirada pícara.

Ahora que había conocido sus ojos, también me gustaba escuchar su voz cuando hablaba de sus Hermanos, "éste es regalón, fundío, lo dejo tapaíto porque es friolento"... "y mi hermanito colorín, éste es mañoso, egoísta, no lo heí podío enseñar a que comparta, tenís que compartir Hermano, le digo, pero no aprende, es mal aprendió"... "éste es el que me cuida"... Hablaba... y sonreía.

Hablaba como para sí mismo mirando a sus perros, sus hermanos, que lo esperaban durante la noche sin moverse del lugar y a la mañana siguiente, tempranito, Eliecer les traía los panes que había recolectado para ellos.

Las otras voluntarias se fueron dando cuenta de mi debilidad por este hombrón grande, se reían de mí y se burlaban, "qué le ves a este viejo... tan cochino y hediondo".

Sus ojos.

Los ojos de Eliecer.

Me propuse convencerlo de que se diera un baño. Era casi imposible la misión, pero tuve la certeza de que se sentiría tan cómodo que podría hasta repetirlo alguna vez. Cada vez que se lo proponía se reía mirando al vacío y me decía "no somos ná amigos con el agua señorita".

La fría mañana de un lunes de mayo, había un gentío enorme amontonándose en el puente sobre un canal que cruzaba la ciudad. Seguramente habría un charlatán vendiendo alguna novedad del año, así que me abrí paso para seguir mi camino cuando

escucho que "un indigente cayó al canal", "el curaíto ése, el hediondo" "cayó allá arriba, ya debe venir muerto" "parece que está vivo, ¡increíble!". El corazón se me salía del pecho, dejé de escucharlos mientras me abría paso para llegar hasta donde estaban los carabineros con unas sogas elevando un gran bulto negro desde el canal.

Empujé sin pedir permiso, impulsada por la rabia, la pena, el terror...

Era él. Con otro olor. Empapado y embarrado.

Uno de los Carabineros me detuvo, para lograr acercarme le dije que lo conocía, que sus datos estaban en la Hospedería. "Si a éste todos lo conocemos, es buen chato" me dijo.

Avancé.

Llegué.

Lo miré buscando sus ojos, "mírame, Eliecer, ¡mírame!", supliqué.

Tomé su mano fría.

"Me bañé señorita", y su mirada alegre en segundos perdió el brillo, se oscureció y se apagó.

No sé si lo soñé o lo dijo realmente.

No sé si finalmente reconoció en mí a alguien que lo quería.

No sé si...

1. La extensión máximo de mil palabras, y un mínimo de 500, espaciado 1.2 con letra Calibri tamaño 12, márgenes normales.